

NORMA ESTRELLA

1 0 3 B C N 1

TOCAR LA TECLA ADECUADA



zafiro<sup>♥</sup>

## Índice

Portada

Dedicatoria

1. No hay pan para tanto chorizo
2. Más cocido y menos agua bendita
3. Anarquistas, señoritos y huesos rotos
4. Recortes hasta en los pantalones
5. ¡Toma la calle!
6. Si no nos dejáis soñar, no os dejaremos dormir
7. ¡Muchas redes y poco pescado!
8. Rescatamos personas, no bancos
9. Pestiños de colores
10. Carros de fuego
11. ¡Que se vayan!
12. Un desalojo, otra ocupación
13. Edmundo
14. Topy topy
15. Quien siembra vientos, recoge tempestades
16. Claveles
17. Y clavelitos
18. Lobos y lobas
19. Spanish Revolution
20. Vamos despacio porque vamos lejos

Agradecimientos

La saga continúa

Biografía

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma  
de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

*Esta novela es un homenaje:  
A todos los que han renunciado alguna vez a la comodidad  
de sus camas  
para reclamar los derechos de todos, hasta de los de quienes se burlaban de ellos.  
A los miembros de las asambleas de barrio, de las plataformas antidesahucios,  
de asociaciones de acogida a inmigrantes y marginados y otros héroes anónimos.  
A los yayoflautas, por enseñarnos lo que significa ser joven de verdad.  
A Roberto Rivas y a los bomberos de toda España, por recordarnos que rescatan a personas, no bancos.  
A los miembros de los cuerpos policiales y militares que se alistan para proteger a los más débiles.  
Es también una obra de ficción y, como tal, me he tomado un montón de licencias.*

# 1

## No hay pan para tanto chorizo

*Barcelona, mayo de 2011*

—¡Sí se puede! ¡Sí se puede! —gritó Ona Chao, contagiándose del entusiasmo general. Llevaban toda la noche en la plaza. Le dolía el trasero de estar tantas horas sentada en el suelo, pero eso no importaba. Lo importante era que los políticos se enteraran de que no estaban de acuerdo con cómo estaban haciendo las cosas.

—¡No hay pan para tanto chorizo! —gritó Clara a su lado.

—¡No es una crisis, es un atraco! —coreó Julia, la novia de Clara.

Crisis, burbuja, corrupción, recortes... eran las palabras que más se oían en la plaza. Ona, Clara y Julia tenían veintimuchos años y en otras circunstancias habrían estado hablando de ropa, de viajes o de música. Pero la crisis golpeaba con fuerza y no podían mirar hacia otro lado. Las tres amigas se conocían del barrio de toda la vida. Habían estudiado en la Universidad de Barcelona, en el campus Mundet, al pie del Tibidabo, por lo que les había tocado chuparse muchos viajes en metro juntas. Ona había estudiado Educación infantil, Clara había elegido Trabajo social, y Julia se había acabado decantando por Psicología. Antes de empezar a trabajar, ya durante las prácticas, las historias de

paro, pobreza y desesperación que les contaba Clara en el metro les ponían los pelos de punta.

Pero no sólo los trabajadores sociales debían armarse de valor para ir al trabajo. Los psicólogos y psiquiatras tenían más trabajo que nunca. Los educadores infantiles, en cambio, eran más prescindibles. O eso debía de pensar algún lumbrera desde su cómoda silla giratoria en un despacho. Con el país endeudado hasta las cejas y una prima de riesgo que subía cada día, las soluciones que encontraron los gobernantes de uno y otro partido mayoritario fueron rebajar el sueldo de los funcionarios, congelar las pensiones y reducir las partidas para sanidad, educación y servicios sociales.

Ona se horrorizaba cada vez que veía las noticias por la tele o le llegaban por Internet. Pero ni siquiera eso la preparó para el *shock* de quedarse en el paro. Lo del mal de muchos no la consoló en absoluto. El jefe de estudios le había dado la noticia antes de Navidad. El departamento de Educación les había reducido el presupuesto para el año siguiente y, aunque la escuela era concertada, los padres tampoco pasaban por un buen momento y no podían asumir la diferencia. Ona había sido la última en entrar. Todavía no tenía un contrato fijo y su situación familiar era menos comprometida que la de otros compañeros con hijos. Le había tocado a ella. Ona comprendía las razones de la escuela, pero eso no impedía que le jodiera, pero bien, quedarse en la calle.

Durante meses había tratado de no desanimarse. Se había pateado el barrio buscando trabajo. Se había puesto en contacto con amigos, parientes, conocidos... dando voces por si sonaba la flauta laboral. Y como millones de personas en todo el mundo, tras cada nueva negativa se había sentido un poco más prescindible. A su alrededor había empresas que cerraban cada día. Gente que se quedaba

sin trabajo y que no podía pagar la hipoteca o el alquiler. Si tenían familia, se tragaban la vergüenza y la sensación de fracaso, y volvían a las habitaciones de las que se marcharon llenos de ilusión. Pero si habían emigrado o no tenían a nadie que les echara una mano, muchos acababan en la calle. Era una pesadilla. Y mientras los bancos dejaban sin techo a familias enteras, los gobiernos, endeudados hasta las cejas, accedían a las peticiones de la troika.

Por eso, cuando un amigo les dijo que al día siguiente se había convocado una acampada en la plaza Cataluña en solidaridad con los acampados en la plaza del Sol de Madrid, no se lo pensaron dos veces y se plantaron allí. Al menos estarían haciendo algo.

Ona estaba harta de protestar sin que sirviera de nada. Y no era la única. La impotencia había sacado a miles de personas a las calles y plazas. Desde Estambul a Barcelona. Y allí estaban Ona, Julia y Clara. Cansadas, con ganas de ducharse, pero animadas. Por fin la gente había dicho basta. Las cosas empezaban a cambiar. Todo mejoraría. Ona estaba convencida.

—Mira, tío —dijo Carlos señalando la tele del cuartel de bomberos de la calle Aragón esquina con Tarragona, al lado de la famosa estatua de Joan Miró *Dona i ocell* o, lo que es lo mismo, *Mujer y pájaro*—. Siguen en la plaza. No se cansan.

—Los tienen bien puestos —comentó Xavi, otro bombero.

Diego Larrañaga, que compartía turno con ellos, vio que la cámara enfocaba a tres chicas. Una de ellas le llamó la atención. Tenía el pelo corto menos una trencita, que le caía sobre el pecho. No pudo evitar fijarse en que tenía unos pechos espectaculares bajo la camiseta de tirantes.

—Sí. La de la trencita, por ejemplo, los tienen muy bien puestos.

Carlos y Xavi se echaron a reír.

—Me parece que alguien por aquí necesita echar un polvo —expuso Carlos—. Y a nosotros no nos mires. Anoche estuvimos con las chicas de la academia de baile de la que te hablé. ¡No veas cómo mueven las caderas!

—Y no sólo en la academia —corroboró Xavi—. Te lo perdiste, tío. La próxima vez tienes que apuntarte. Quedamos en que volveríamos la semana que viene. Mientras no te acerques a Beatriz, la academia es tuya.

—Ni a Yolanda —añadió Carlos.

—Vaya, vaya, marcando territorio —se burló Diego—. ¿Regasteis la academia con las mangueras?

—A punto estuvimos. Esas chicas saben moverse. — Carlos alzó las cejas y resopló—. No entiendo por qué no saltan las alarmas antiincendios del edificio más a menudo.

—Ya te gustaría —dijo Diego.

Un ruido resonó en la habitación.

—¿Qué ha sido eso?

—Mis tripas, que también saben moverse —admitió Xavi—. Voy a preparar unos bocadillos. ¿Alguien quiere uno?

A poca distancia, en la comisaría de la plaza España, el agente de la brigada antidisturbios Jordi Castro oía hablar a sus compañeros en el vestuario pero estaba distraído, pensando en la conversación que había mantenido con su abuela aquella tarde. Jordi había criticado a los alborotadores que habían ocupado un espacio público como la plaza Cataluña. Su abuela se había encendido y le había dicho que ya era hora de que alguien explotara. Dijo que ya estaba bien de tanto desprecio por la gente. Parecía que los

políticos estuvieran al servicio de los bancos, y no de las personas.

—Se va a liar pero bien —dijo uno de los Mossos, compañero de Jordi.

—¡Qué va! —exclamó otro—. Si son cuatro hippies *perroflautas*. No aguantarán nada. A la que se les acabe la maría, se largarán.

«¿*Perroflautas?*», repitió Jordi en silencio, aguantándose la risa. Aunque esperaba que la palabra no llegara a oídos de su abuela, la verdad era que les iba al pelo a aquel grupo de pulgosos desharrapados. Su abuela era muy buena mujer y siempre pensaba bien de todo el mundo, pero, como le habían enseñado sus superiores, entre los hippies siempre se escondían agitadores profesionales que viajaban por todo el mundo buscando el triunfo de la anarquía. Y a la que se descuidaban, quemaban contenedores de basura o rompían escaparates de las tiendas. Su deber era impedir que se sintieran demasiado cómodos en Barcelona para que se largaran a montar follón a otra parte. No estaba el patio para ir gastando el dinero de los contribuyentes en mobiliario urbano.

## 2

### Más cocido y menos agua bendita

—Me temo que hoy tampoco voy a poder ir —dijo Dana Roca, la novia de Jordi. Había esperado hasta el último momento, pero era inútil. Las cosas en plaza Cataluña no se calmaban. La falta de reacción del Gobierno y la cercanía de las elecciones crispaban los ánimos de todos. Dana trabajaba como redactora en un periódico y, evidentemente, esa noche tampoco iba a salir a tiempo para cenar con Jordi y su familia.

—No te preocupes —la tranquilizó Jordi—. Yo aviso a mi madre.

—Con las ganas que tengo de comer cocido de tu abuela.

—Ya la conoces. Seguro que me dará un táper para que te lo lleve.

—Ojalá. —Dana suspiró cansada—. ¿Qué tal las cosas en la comisaría?

—Tensas. En cualquier momento me avisan y tengo que ir para allá, pero espero que me dé tiempo a comer antes unos garbanzos.

—Eso, tú restriégamelos.

—Mmm, no me lo digas dos veces, Dana Roca... —susurró Jordi—... porque puedo olvidarme de esos garbanzos y pasar por la redacción a restregarte lo que me pidas.

—Eres una tentación con patas, Jordi Castro. Mejor vuelvo al trabajo antes de que empieces a colarme imágenes en la cabeza, que luego dicen que me disperso.

—Como quieras, guapísima. Y si cambias de idea y quieres que te llene la cabeza o... cualquier otra parte de tu precioso cuerpo, todas mis patas están a tu disposición.

Dana se despidió y volvió a suspirar, obligándose a no pensar en ninguno de los firmes miembros de su novio.

Los padres de Jordi tenían la costumbre de organizar una cena familiar los jueves, a la que siempre se apuntaba algún amigo o vecino del barrio. María, la abuela del chico, se encargaba de invitar a quien creía que pudiera necesitarlo, ya fuera por necesidad económica o de otro tipo. No era cosa nueva. Por desgracia siempre había habido quien precisaba un empujoncito para salir adelante. Y María nunca había sido de mirar hacia otro lado.

Hacía años que mantenía una especie de competición solidaria con el Padre Manuel. María era republicana, roja y atea. Su padre había muerto luchando por defender los ideales de la República. Ella había nacido poco después de que acabara la guerra. Y aunque evidentemente nunca había ido al frente, eso no significaba que estuviera menos comprometida con la causa de los desfavorecidos.

María había conocido al Padre Manuel en el barrio. Sus padres habían llegado a Barcelona desde Almería buscando trabajo en las obras de la Exposición Universal de 1929 y poco después de llegar se instalaron en el barrio de La Sagrera. Como su nombre indica, el origen del barrio eran los espacios seguros que se construyeron en el siglo xi alrededor de las iglesias para defender a los campesinos de los abusos de los señores. Y aunque algunas cosas, como la tecnología, la sanidad o la música, habían cambiado mu-

cho, las desigualdades entre los poderosos y el pueblo seguían como siempre, inclinadas del lado de los primeros.

El Padre Manuel ayudó a María en un momento especialmente duro para ella, a pesar de que conocía sus ideas y su falta de fe. El marido de María estuvo en la cárcel por apuntarse a los primeros sindicatos clandestinos que levantaron cabeza en la España del franquismo. El Padre Manuel hizo lo que pudo para sacarlo de allí y María nunca lo había olvidado. Se pasaba a menudo por la parroquia a saludarlo, a ofrecer su ayuda a los que la necesitaran o simplemente para discutir un rato con él. Sabía que el Padre Manuel disfrutaba con una buena polémica de vez en cuando.

Esa tarde no fue una excepción. Cuando María entró en la sacristía de la parroquia de san Juan Bosco, vio que el sacerdote estaba hablando con una mujer y dos niños pequeños de raza negra.

—¿Qué pasa, Manolo? ¿Ya estás reclutando almas para tu jefe?

—¡María, dichosos los ojos! Cada día estás más guapa.

—Y tú más corto de vista —respondió ella con una sonrisa—. ¿A quién tenemos aquí?

—Te presento a Doris. Acaba de llegar de Nigeria. Bueno, de Nigeria salió hace unos meses, pero acaban de llegar aquí. Éstos son sus hijos, Víctor y Michael —añadió, tocando las cabezas de los críos—. Doris, Víctor, Michael, ella es María, mi amiga.

La mujer le dirigió una mirada en la que María vio agradecimiento, pero también un cierto recelo. No le extrañó. No se quería ni imaginar la cantidad de veces que la habrían engañado a lo largo de su viaje. Los niños, por el contrario, aún no habían perdido la inocencia y sonrieron con ganas cuando María repitió sus nombres, como si les hiciera gracia su acento.

—Servicios sociales ya les ha encontrado un sitio donde quedarse, pero estamos esperando a que vengan a buscarlos. Es posible que tarden aún unas horas.

—¿Pues qué te parece si me los llevo a cenar a casa mientras tanto? Dana no va a venir, así que va a sobrar comida. Si se presentan a buscarlos mientras están fuera, llamas a casa y los acompañamos en un momento.

El Padre Manuel sonrió.

—Me parece estupendo. Hace tiempo que aprendí a no llevarte la contraria, hermana María.

—¿Hermana? —La anciana alzó una ceja, indignada.

—¿Te gusta más camarada? Es lo mismo. Todos somos hermanos en las alegrías y en las desgracias.

—¡Qué razón tienes Manolo!, aunque ya sabes que unos siempre más que otros. Vamos a ver, pequeños, ¿tenéis hambre? —preguntó María, haciendo círculos con la palma de una mano sobre el estómago y el gesto de comer con la otra.

Los pequeños asintieron con los ojos brillantes.

—Doris, vamos a casa. Vamos a cenar. He preparado una olla de garbanzos que están de rechupete. Ya verás que las cosas se ven mejor con más garbanzos y menos agua bendita.

La mujer miró al párroco sin comprender.

—*You go* con María. *Dinner. Come back* luego. *It's ok.* María *is friend* —le aclaró el Padre Manuel, que había aprendido a comunicarse en una docena de idiomas sin haber pisado nunca una academia.

Doris asintió y les dijo algo a los niños, que se levantaron y empezaron a dar vueltas alrededor de María.

—Andad con Dios —dijo el párroco.

—Salud, Padre —replicó María—. Anda, Manolo, aprovecha el rato, que seguro que tienes mil cosas que hacer —añadió ella a modo de despedida.

—No lo sabes bien, María —susurró el padre, saludando a los niños con la mano mientras ellos se dirigían a la salida—. Tantos santos haciendo la obra de Jesús sin esperar nada a cambio... y que no saben que son santos.

El religioso suspiró. Tal vez, antes de que volvieran de casa de María, podría tachar un par de cosas de su interminable lista de tareas pendientes.

—Tere, nena, mira lo que te traigo —anunció María alegremente mientras entraba en casa de los Castro.

—Mientras no sea una serpiente, todo irá bien —replicó Teresa, la nuera de María, medio en broma.

Al ver a María tan bien acompañada, se levantó del sofá y fue a saludar a los recién llegados para darles la bienvenida. Estaba agotada, como siempre. El quiosco le daba la vida, pero también se la quitaba. Abrían todos los días del año, excepto un par de festivos. Como daba demasiado trabajo desmontarlo y volverlo a montar, no cerraban al mediodía. Su suegra, María, iba camino de los ochenta años, pero aún se encargaba de comprar y de cocinar todos los días. Y Teresa se lo agradecía mucho, porque cocinar nunca le había gustado. Prefería preparar dulces de vez en cuando. Teresa y Miguel se levantaban muy temprano. Iban juntos a abrir el quiosco. Abrían los paquetes, contaban los periódicos y reclamaban el género que no les había llegado. Entre las ocho y las nueve, Miguel regresaba a casa y, si podía, dormía un rato más, aunque siempre había gestiones que hacer. Teresa se quedaba sola hasta las dos. Miguel comía temprano y volvía al quiosco al mediodía para encargarse del turno de tarde. Cerraba solo y a las nueve volvía a casa para cenar con la familia. Por las tardes, Teresa limpiaba o planchaba y llegaba a la hora de la cena agotada. A Jordi no le gustaba verlos tan cansados, pero desde

que había hecho realidad su sueño de ser policía autonómico, no tenía tiempo para ayudarlos. Alguna vez les preguntaba por qué no contrataban a alguien que les echara una mano pero, ya fuera por la crisis o porque la gente cada vez leía más prensa en formato digital, la caja no daba para pagar un sueldo, con su Seguridad Social y sus pagas dobles.

Los jueves, Teresa procuraba echarse un ratito en el sofá para no quedarse dormida mientras Jordi y Dana les contaban cómo les iban las cosas. Jordi había llamado hacía un rato para avisar de que Dana tampoco iba a poder ir ese jueves. Los chicos le preocupaban. Sabía que era lo normal, que los jóvenes lo tenían peor que ellos. O aceptaban las condiciones laborales que les imponían las empresas o no trabajaban. Pero, si era verdad que esta crisis iba para largo, tal vez cuando las cosas se hubieran arreglado ya sería tarde para que tuvieran niños. Y si a los cincuenta y cinco años estaba tan cansada, Teresa no quería ni imaginarse lo que sería cuidar de un nieto con sesenta y cinco.

María la animaba.

—Ya verás que, cuando te jubiles, todo irá mejor. Esto son las dichosas cosas estas de las mujeres, que nos dan la murga hasta el final —le dijo la última vez que hablaron del tema.

—¿Las hormonas?

—Ésas mismas. Desde los once años con la regla. Y cuando se marcha, no puede hacerlo discretamente. Tiene que soltar la traca final.

—Ay, sí. Pero no lo entiendo. Si hace ya tres años que se me retiró la menstruación, ¿por qué estoy tan cansada? Anemia ya no puede ser.

—¿Cuándo te toca visita con el ginecólogo?

—Uff, no sé. No me acuerdo. Tendría que mirarlo.

—Pues no lo dejes, nena. Si no te cuidas tú, ¿quién lo hará? Mi hijo ya te aseguro que no. Es un buen hombre,